

fundo silencio, que oíase el chisporrotear del fuego y el ruido de las ramas quemadas que caían á tierra.

Entonces el anciano minero de cabellos blancos, extendiendo sobre nuestras cabezas sus manos rugosas exclamó:

—¡Que Dios os bendiga, á vosotros y á vuestra casa! *Amen!!!*

Tres hurras entusiastas coronaron esta bendición.



CAPÍTULO SEXTO

AL amanecer, dejaba mi esposa durmiendo, y me iba á buscar flores que le ofrecía al despertar. Cada momento me repetía: «¡Casados! ¡nos hemos casado!» Y este recuerdo me llenaba de alegría tan intensa, que levantaba los ojos al cielo y daba gracias á Dios que me había permitido vivir hasta ese instante supremo en que el hombre siente la necesidad de un afecto tierno y sincero.

Un sér encantador era mío, me pertenecía. Y yo que no poseía otra cosa que mi pobre carricoche, me sentía inmensamente

rico. Y recordaba mi vida de antes, y me parecía triste y digna de compasión, y me causaba asombro haber podido vivir tantos años solo, sin amar ni ser amado.

Jamás hubiera ni siquiera logrado imaginar que en la palabra esposa pudiera comprenderse toda la felicidad de un hombre.

Desde que amaba á Lillián ella sola reinaba en mis pensamientos, y del día que fué mi esposa preguntábame con frecuencia si acaso enloquecería de felicidad: ¡mi esposa! es decir, mía para siempre. ¡Y á mí, pobre aventurero, era á quien pertenecía tal tesoro! ¿Qué me faltaba? ¿Qué podía ambicionar! ¡Nada! ¡Y si estas llanuras no ardieran al beso de un sol de fuego; si no hubiese temido los peligros que en ellas amenazaban á mi amada, y sin el deber de guiar á mis hombres á donde les había prometido, renunció para siempre y con alegría á visitar California, y me establezco en Nebraska con Lillián!

Iba á California en busca de oro: esta idea me hacía sonreír. ¿Qué otra riqueza podía ambicionar? ¡Oro! ¿para qué? Elegiría un valle donde todo el año reinara la primavera: cortarían aquellos árboles gigantes y levantarían una casa, un palacio para ella. Allí viviríamos. Un arado y un fusil bastarían para proveer á nuestra existencia. Y jamás nos visitaría el hambre... Así pen-

saba mientras cogía flores: cuando tuve muchas volví al campamento. Por el camino encontré la tía Atkins.

—¿Duerme mi reina? me preguntó.

—Sí, la respondí.

Tía Atkins, guiñándome el ojo, me dijo:

—¡Pícaro afortunado!

En tanto nuestra reina ya no dormía: la vimos salir del carricoche, y protegiendo sus ojos con las manos para librarlos de los rayos del sol, miró á todos lados. Al vernos corrió á nuestro encuentro sonrosada, fresca como la alborada. La recibí con los brazos abiertos, y ella repetía riendo: *Dzien dobry! Dzien dobry! Dzien dobry!*

Y mirándome á los ojos me preguntó: «¿Soy tu esposa?...» ¿Qué responderle? tenía su mano entre las mías y la cubrí de besos.

El anciano Smith cuidaba, hasta que reanudásemos la marcha, de los trabajos que me incumbían.

Volvimos á visitar el lago de los castores.

Remontamos el Bleu-River en pequeña piragua. Al regresar del río vi y enseñé á Lillián dos búfalos que hundían sus astas en la tierra.

Dos días antes de partir debieron cesar nuestros paseos. Primero, porque en los alrededores vimos vagar grupos de indios; después, porque mi querida «señora» sintióse algo delicada. Palidecía y perdía sus fuer-

zas. Y al preguntarle la causa de su debilidad, me contestaba sonriendo que estaba buena y que ésta desaparecería. Pasaba las noches en vela junto al lecho en que ella descansaba, y sólo anhelaba prodigarla cuidados y librarla hasta del menor soplo del viento de la noche. La inquietud me torturaba á todas horas.

Tía Atkins entornaba misteriosamente los ojos cada vez que le hablaba de la enfermedad de Lillián. Y á mí me preocupaban seriamente los tristes pensamientos que decíame Lillián se enseñoreaban de su alma. Se le había metido en la cabeza que quizás no era lícito amarnos como nos amábamos, y un día colocando su dedo sobre la Biblia, que leíamos todos los días, me dijo tristemente:

—¡Lee, Ralph!

Leí, y en efecto me sentí preso de un sentimiento extraño: «Quien no confía en la palabra de Dios, y adora y sirve á la criatura más que al Creador, sea maldito...» Cuando hube leído me dijo:

—Pero si ofendimos á Dios, confío que en su bondad inmensa me castigará sólo á mí.

Yo la tranquilizaba, diciéndola que el amor era como un ángel que tomando las oraciones del fondo de nuestras almas, las elevaba hasta el trono de Dios.

Y no volvimos á hablar de estas cosas,

porque empezaron los preparativos del viaje. La colocación de carros y animales y otras mil ocupaciones me robaban todas las horas del día. Al llegar la de la marcha, nos despedimos llorando de aquellas orillas, de aquella llanura testigos de nuestra felicidad. Cuando vi el convoy extenderse á lo largo de la llanura, unos carros tras otros, y los tiros piafando y prestos á marchar, sentí intensa satisfacción al pensar que cada día íbamos acercándonos al término de nuestro viaje, y que á los pocos meses veríamos California. Sin embargo, los primeros días de camino no fueron muy agradables.

Del Missouri hasta casi los montes Roqueños la pradera sube siempre. La fatiga extenuaba á las bestias, que con frecuencia caían rendidas, quedando fuera de servicio. Además no podíamos acercarnos al Platte River, aun cuando hubiesen descendido las aguas, por reunirse junto á él en este tiempo, época de las grandes cacerías de primavera, numerosos indios que van en busca de rebaños de búfalos.

La vigilancia nocturna se hizo difícil y penosa: no transcurría una noche sin alarmas.

El cuarto día, pasada la bifurcación del río, dispersé un numeroso grupo de bandidos indios en el momento en que intentaban apoderarse de nuestras mulas. Lo más penoso era pasar las noches sin fuego. Como

no podíamos acercarnos al Platte River, con frecuencia carecíamos de combustible. Todos los días al amanecer caía una lluvia menuda pero espesa, y las deyecciones de búfalo, que en caso de necesidad sustituían la madera, estaban húmedas y no querían arder.

También los búfalos llegaron á inquietarme. Más de una vez vimos rebaños de millares de estos animales cruzar la pradera como un huracán, rompiendo cuanto se oponía á su paso y triturando cuanto caía bajo sus piés. La fuerza de estos rebaños es tal, que pueden tumbar y destruir un convoy.

Para colmo de desgracias, infestaban la pradera aves de rapiña de todas clases. Y á los búfalos y á los indios vinieron á sumarse los terribles osos grises y los grandes lobos de Kansas y del territorio indio. Solíamos pernoctar junto á los riachuelos, y muchas veces al morir el día vimos las fieras venir hasta ellos á apagar su sed.

Una vez un oso se arrojó sobre el mestizo Vichita, á quien afortunadamente pudieron socorrer Smith y Tom, pues de lo contrario muere despedazado. Yo de un tremendo hachazo hendí la cabeza de la fiera. El animal herido arrojóse sobre mí, y no cayó hasta que Smith y Tom le metieron por la oreja un par de balas de carabina. Era tal la audacia de aquellos animales salvajes, que

durante la noche llegaban junto al convoy, y una semana matamos dos que se hallaban apenas á cien metros de los furgones. Y esta era la causa de que desde la noche al amanecer los perros, ladrando incansables, armaran una algarabía infernal que impedía conciliar el sueño.

Siempre me había seducido esta existencia inquieta y tan llena de peligros como para mí de encantos. El año último había pasado en Arkansas la estación de los fuertes calores, y aquella atmósfera de fuego, aquel sol abrasador, aquel cielo plomizo, eternamente desnudo de nubes, me admiraban... y me gustaban. Pero las circunstancias habían cambiado, y ya no lograba apartar de mi mente que en el fondo de un carricoche mi Lillián temblaba de miedo en vez de dormir... y anhelaba que los indios y los osos y los pumas se hundieran para siempre en la barranca más profunda para que mi pobre esposa, tan delicada y á quien tanto amaba, lograra gozar unos días, unas horas al menos, de plácida calma.

Sentí renacer la alegría en mi corazón, cuando después de tres penosas semanas de marcha descubrí las cristalinas aguas de un caudaloso río. Hoy se llama «Republican River;» entonces aun no tenía nombre inglés. Largas hileras de sombríos sauces extendíanse como velo negro á lo largo de aquellas

aguas blancas y podían facilitarnos abundante combustible, al que añadíamos una arena especial que, levantando nubes de chispas, ardía mejor que las deyecciones de búfalo.

Resolví descansar un par de días en este lugar, pues las rocas que esparcidas á ambas orillas del río se levantaban cada vez más altas, indicaban la proximidad de un país sembrado de colinas precursoras de los montes Roqueños. Avanzando siempre habíamos subido mucho sobre el nivel del mar, siendo buena prueba de ello el frío que reinaba durante la noche.

Estos cambios de temperatura nos causaron graves molestias y enfermedades. Las fiebres hicieron presa del anciano Smith y de otros hombres de la caravana, obligándolos á guardar cama algunos días.

Quizás en las orillas de Missouri cogieron los gérmenes de la enfermedad, cuyo desarrollo favorecieron las extremadas fatigas. La vecindad de las altas montañas nos daba lisonjeras esperanzas de pronta curación. Mi mujer se desvivía para prodigarles los más solícitos cuidados, pero aquel trabajo extremado la debilitaba visiblemente. Al despertarme por la mañana clavaba en su rostro hermoso mi primera mirada, y mi corazón latía inquieto al ver su palidez y los círculos azules que rodeaban sus ojos. A veces mientras la contemplaba, ella abría

los ojos, me sonreía y de nuevo quedaba dormida. Entonces hubiera dado gustoso la mitad de mi salud tan robusta para hallarnos en California, ¡país anhelado y siempre tan lejos!

Pasaron los dos días; reemprendimos la marcha, y á las pocas horas llegamos al Republican-River. Avanzamos luego á lo largo del White Man y del Platte, que se extiende por el Colorado.

A medida que avanzábamos la región era más montuosa. A ambos lados surgían del suelo macizos de rocas que unas veces levantábanse altivos cual los campanarios de un templo gótico y otras se extendían como murallas. La madera abundaba, pues en los intersticios de las rocas crecían abetos y pequeñas encinas. Oíanse aquí y allá los murmullos de fuentes y torrentes. La verbena trepaba cual rapaz atrevido sobre las rocas gigantes. El aire era fresco, puro y saludable. A los pocos días la fiebre abandonó al último enfermo; pero mulos y caballos, forzados á comer un forraje en el que en vez de la nutritiva hierba del Nebraska abundaban los arbustos, enflaquecían sensiblemente y hacían penosos esfuerzos para arrastrar los pesados carros.

Un día, al caer de la tarde vimos levantarse ante nosotros altas rocas que de lejos seme- jaban torres gigantescas cuyas cimas desva-

necíanse en el horizonte vestido de nieblas: eran cual murallas de una ciudad sin límites, coronada de torres que se erguían hasta tocar al cielo. Al verlos se produjo en la caravana un movimiento de general sorpresa. Los hombres para ver mejor se encaramaron sobre las cubiertas de los furgones y de todas partes surgieron gritos entusiastas: «¡Los Montes Roqueños!» Y los sombreros fueron echados al aire y en los rostros se reflejó la alegría.

Los americanos saludaban los Montes Roqueños: yo me fui á mi carricoche, y estrechando contra mi corazón la cabeza de mi esposa, le juré una vez más fidelidad y amor ante aquellos montes, altar gigantesco, obra sublime del mismo Dios, que preside aquella imponente inmensidad, llena de misteriosa grandeza. El sol se acercaba al ocaso. Y se extendió por el cielo y la tierra el crepúsculo vespertino, y besados por los últimos rayos del sol los colosos de granito semejaban masas inmensas de carbones ígneos. El rojo fué perdiendo en intensidad, y sucediéronle las tintas violáceas, tristes precursoras de las sombras. Y los contornos, cada vez más vagos, acabaron por desaparecer, por fundirse en la inmensidad monótona; y brillaron las estrellas en el cielo: reinaba la noche.

Distábamos aún ciento cincuenta millas de la gran cordillera. De vez en cuando los

montes se ocultaban tras colinas ú ondulaciones del terreno, y luego reaparecían para de nuevo desaparecer.

Avanzábamos lentamente, venciendo los naturales obstáculos del camino, y aun cuando procurábamos no separarnos del cauce del río, á veces era tan escarpada la orilla que nos forzaba á dar grandes rodeos y á buscar paso más fácil por los valles vecinos.

En éstos nacían brezos y guisantes salvajes que, sin ser buen alimento para los animales de tiro, dificultaba no poco su marcha, pues los largos tallos de los guisantes se entrelazaban de mil maneras formando espesared difícil de salvar. De vez en cuando grietas profundas, largas de algunos centenares de metros, rompían la tierra, y siéndonos imposible cruzarlas nos obligaban á nuevos rodeos. Otras veces los exploradores venían corriendo á anunciarnos nuevos obstáculos, ó el suelo erizado de gruesas rocas, ó que el que imaginábamos buen camino guiaba á profundo barranco.

Un día avanzábamos por hermoso valle cuando de súbito vimos con sorpresa abrirse ante nosotros un precipicio tan profundo que nos causó vértigo. Los robles seculares que en el fondo del abismo extendían sus copas siempre verdes, semejaban macizos de rocas negras, y gruesos insectos los búfalos que bajo ellos pacían.

Y nos internábamos cada vez más en la región de los abismos. Rocas enormes lanzadas al parecer unas sobre otras formaban salvaje caos. Los ecos repetían dos ó tres veces los juramentos de los carreteros y los relinchos de caballos y mulos. Los carros que en las llanuras nos parecían de proporciones majestuosas, allí, al pie de las rocas colosales resultaban pequeños, y desaparecían en aquellos desfiladeros cual tragados por fauces enormes.

Cascadas de escaso caudal, á las que llaman los indios «aguas que sonríen,» nos forzaban á veces á rodeos de algunos kilómetros, y la fatiga agotaba nuestras fuerzas y las de las bestias.

Cuando se dibujaba en el horizonte la silueta de los montes más altos nos parecían siempre igual, lejanos, siempre velados por las mismas nieblas.

Gracias que el cambio continuo de paisajes, excitando nuestra curiosidad, nos ayudaba á vencer la fatiga.

Ninguno de mis hombres, excepción hecha de los nacidos en las Alleghanies, había jamás visto región tan grandiosamente salvaje. Yo contemplaba admirado aquella inmensidad; donde la naturaleza dijérase complacióse arrojando unos sobre otros descomunales castillos de rocas, palacios y ciudades de piedra.

Encontramos algunos indios muy distintos de los que pueblan la llanura. Eran nómadas é incomparablemente más salvajes. Les asustaba la vista de los blancos, y á la par despertaba en ellos instintos sanguinarios. A juzgar por las apariencias serían aún más crueles que sus hermanos del Nebraska. Eran de talla más corta y de color más negro. Sus narices anchas y ojos brillantes les daban un aspecto feroz. Sus movimientos reflejaban á la par vivacidad y timidez. Mientras hablaban apretaban con los pulgares las mejillas, pintadas de blanco y azul. Iban armados de maza y flechas, hechas éstas de un oxiacanto de montaña tan fuerte que un hombre no podía ni doblarlo siquiera. El encuentro de crecido número de estos salvajes hubiera podido sernos fatal. Su pasión dominante era el robo. Vimos pocos, quizás en conjunto no llegarían á cincuenta. Eran Tabeguachis, Vinemucas y Yampas.

Nuestro guía, que conocía todos los dialectos indios, no acertaba á comprender su lenguaje.

El camino se hizo tan difícil que á duras penas logramos avanzar quince millas diarias. Y por aquel entonces los caballos empezaron á morir, pues eran menos resistentes que los mulos y necesitaban mejor alimentación.

También los hombres sintieron que sus

fuerzas se agotaban; pues días enteros debieron auxiliar á los mulos á tirar los carros y á salvar los pasos difíciles.

La excelente voluntad que había caracterizado siempre á mis hombres empezó á decrecer en los más débiles: de algunos se enseñoreó el reuma, y uno tuvo vómitos de sangre y murió á los tres días maldiciendo el instante en que cruzó por su mente la idea de abandonar New-York. Entonces salvábamos la parte más difícil del camino, la que avanzaba junto al riachuelo que los indios llaman «Riowa.»

Cierto que no había montañas tan altas como las del Colorado, pero en cambio la región entera, hasta donde alcanzaba la vista, estaba sembrada de pedazos de rocas enormes, lanzadas sin orden, unos sobre otros.

Rocas que derechas y firmes unas, caídas otras, semejaban ruinas de colosal cemen-terio.

Eran en realidad los «Bad Lands» del Colorado, parecidos á los que se extienden hacia el Norte, más allá de Nebraska.

Tras una semana de inauditos trabajos lo-gramos salir de camino tan penoso.



CAPÍTULO SÉPTIMO

LLLEGAMOS á la falda de los Montes Roqueños. Me senti sobrecogido de extraño temor al contemplar aquellas enormes masas de granito, envueltas por la niebla, y aquellas altas cimas que coronadas por nieves eternas se pierden en las nubes.

Su imponente majestad silenciosa me hizo sentir mi extremada pequeñez; y postrándome ante el Señor omnipotente le supliqué se dignase conducir mis carros, mi gente y mi esposa á través de aquellos muros colosales.

Después de esta plegaria entré en los des-